

Sant Cugat del Vallès, 20 de diciembre de 2022

*«Pensaré que solo Dios puede llenar y satisfacer mi corazón»
(EE, 330).*

Queridas hermanas y queridos miembros de MFA:



¿Qué hace que podamos celebrar el centenario de la muerte de una persona? Cien años son muchos para tener presente a alguien que ni siquiera pudimos conocer personalmente. ¿Por qué recordamos entonces a Madre Alberta? ¿Qué hizo para que hoy la nombremos y la sintamos tan

cercana a nosotros?

Mientras me hacía estas preguntas y otras muchas me llegó, hace unos días, un mensaje de voz. Me lo enviaba una hermana de la R.D. Congo, recojo sus palabras:

«Le he hablado de nuevo a mi madre del centenario de la muerte de Madre Alberta y ¿sabes lo que me ha dicho?, que “el centenario no solo es asunto vuestro [de las hermanas] es para todo el mundo, para todos los cristianos e incluso para los paganos, es un momento que nos invita a profundizar, a **crecer en la santidad**, a **crecer en el camino del Evangelio**. El centenario es un acontecimiento muy grande, un acontecimiento que nos invita a desprendernos de todo aquello que no nos ayuda en el camino de la santidad, a seguir de verdad los pasos de Madre Alberta. A través de ella muchos han encontrado a Jesús, ojalá que, a través de nosotros, otras personas también puedan encontrar a Jesús, a través de nosotros que la hemos conocido como laica, como religiosa. Celebrar el centenario de Madre Alberta nos invita a crecer en la fe; ya no somos niños en la fe, no podemos

quedarnos como niños en la fe, hay que crecer”. Me quedé sorprendida con las palabras de mi madre».

Son palabras de una madre de familia que ha vivido grandes dificultades y que reconoce que le ayuda, que le estimula, el modo de afrontar la vida que tuvo Madre Alberta y el modo de darle un sentido a los acontecimientos sean difíciles o gratificantes.

Me quedé dándole vueltas a la idea de **crecer en la santidad** como un modo de vivir este año centenario.

Un buen amigo de la Pureza, el P. Jaume Sidera, cmf, comentando las cartas de la Madre decía: **«Madre Alberta era tan santa, tan santa, que no lo parecía»**. Pero la Iglesia la reconoció como «Venerable» el 22 de marzo de 1986, cuando San Juan Pablo II declaró: «Constan en **grado heroico** las **virtudes teologales Fe, Esperanza y Caridad** con Dios y con el prójimo, y asimismo las virtudes cardinales Prudencia, Justicia, Templanza y Fortaleza y las anejas a ellas, de la Sierva de Dios Cayetana Alberta Giménez» (Decreto de la canonización de la Sierva de Dios Cayetana Alberta Giménez).

Detengámonos en la vivencia de estas tres virtudes por parte de Madre Alberta que ella vivió de modo heroico, es decir, conscientemente, constantemente:

En **primer lugar: la fe.**



Madre Alberta fue una mujer de fe. Creyó en Dios, confió en Dios, a pesar de las dificultades y de la oscuridad por la que tuvo que atravesar. Comprendió que Dios tenía un plan para ella y para los que amaba, supo ponerse en el

lugar de los que pasaban momentos difíciles y los animaba a vivirlos con fe: «Tiene usted fe y sabe usted que Dios lo dispone todo para nuestro mayor bien, aunque nuestra pobre inteligencia no alcanza a comprender el por qué» (Cartas, n. 393, a D^a Margarita Terrades).

Necesitamos fe para dar sentido a tantos sufrimientos de hoy: la crisis económica, la guerra de Ucrania y en otros países, la soledad y el suicidio de jóvenes y mayores... ¿Dónde está Dios en medio del sufrimiento?, se preguntan muchos. Solo la fe nos permite vivir seguros en Dios que conduce nuestra historia. Fe también cuando no entendemos su voluntad en nuestra vida o cuando hay cosas que superan nuestra razón. Como Madre Alberta.

Pidamos al Señor, por intercesión de la Madre, que nos aumente la fe, que nos ayude a ser personas de fe, guiadas por el Espíritu Santo que habita en nosotros.

En **segundo lugar: la esperanza.**



Madre Alberta fue una mujer de esperanza. Como madre esperó pacientemente el nacimiento de sus hijos y su crecimiento; como maestra supo que su tarea era sembrar y dar tiempo a que germinaran las semillas del conocimiento en sus alumnas; como fundadora puso los cimientos de la primera comunidad y de la congregación, sin conocer exactamente la hoja de ruta. Como ella, nosotros también «Necesitamos el empuje del Espíritu para no ser paralizados por el miedo y el cálculo, para no acostumbrarnos a caminar solo dentro de confines seguros» (*Gaudete et exultate*, 133).

En su actitud de esperanza activa, de orar y esperar (cf. *Cartas*, n. 98), la Madre es para nosotros un estímulo que nos invita a discernir nuestro propio camino

de santidad, para que saquemos lo mejor de nosotros mismos que Dios nos ha regalado. Necesitamos esperanza para no amargarnos en medio de tantas situaciones difíciles de hoy. Esperanza para contagiar a los que no esperan ya nada. A veces nuestros amigos, nuestros alumnos, nuestros hijos. Somos llamados a colaborar en algo mayor que nosotros mismos, algo que no podemos controlar: «*La maestra esparcirá semilla abundante en más extenso campo, tal vez en toda una población, semilla que, envolviendo el germen de otras, habrá de dar por mucho tiempo óptimo y provechoso fruto*» (*Pensamientos espirituales*, n. 567). El paso que nosotros demos en la esperanza puede ser decisivo para la vida y la historia de otros.

Lo nuestro ha de ser colaborar con Dios, esperando a que Él dé el crecimiento en el momento oportuno. Maravillarnos del modo de hacer de Dios, del tiempo de Dios, del ritmo de Dios; reconocer las semillas de bien que hay a nuestro alrededor, en las personas con quien vivimos y trabajamos, empoderar a los demás, capacitar, confiar... No dejarnos atrapar por el hoy, sino saber reconocer que el fruto viene de Dios, que Él tiene otras “razones” que superan nuestros criterios.

Pidamos al Señor, por intercesión de la Madre, que nos aumente la esperanza, que nos ayude a ser personas de esperanza.

En tercer lugar: el amor.



Madre Alberta fue una mujer que se supo amada y supo amar. Amó de todo corazón. La nota necrológica que las hermanas escribieron con ocasión de su muerte empieza así:

«Día 21 de diciembre de 1922, a las 3 y media de la madrugada, entregó

plácidamente su espíritu en manos del que siempre había sido su fin y término de sus aspiraciones, blanco de todas sus empresas y **dueño absoluto de su corazón**».

Alberta se dejó vaciar para que Dios fuera realmente Dios en su vida; Dios era su todo, su sentido, su motivación, su fuerza, su compañero de camino, su meta y su esperanza. Por Él amó a su esposo y a sus hijos con todo el corazón. Por Él aceptó el reto de levantar el colegio de la Pureza cuando apenas tenía fuerza para seguir luchando tras perder a Francisco. Por Él se levantaba cada mañana temprano y tenía una jornada de trabajo intensísima, dedicada desde a las labores más manuales hasta las más intelectuales; por Él priorizaba unos espacios sagrados para la Eucaristía, la oración personal y comunitaria que eran irrenunciables; por Él educaba con paciencia, dedicación y compromiso, queriendo a cada alumna, buscando su bien y su crecimiento integral; por Él quería a cada hermana y procuraba atender a todas y crear comunidad, formar equipo; por Él, aunque estuviera agotada al concluir el día, aún sacaba fuerzas para escribir cartas a las hermanas que estaban en otras fundaciones para cuidarlas e interesarse por ellas y por la obra; por Él disfrutó de las cosas sencillas de la vida: la amistad, el arte, la naturaleza, la gastronomía, la ciencia, las celebraciones y también por Él y con Él supo afrontar las dificultades, que no fueron pocas.

Hoy lo que más falta hace en este mundo es amor. Solo el amor sana, salva y da sabor a la vida. Los dones que Madre Alberta recibió se han ido transmitiendo de generación en generación, durante estos cien años hasta nosotros; creando una afinidad, un cierto aire de familia en el que nos reconocemos todos los que formamos la familia de la Pureza de María. Así lo sintetizó una de nuestras hermanas centenarias: «Madre Alberta no está en la lejanía, no ha pasado. Vive con nosotros con su presencia espiritual, con su pedagogía, con su calor de madre sensata» (H. Ángeles Esteve, rp, 28-2-1965, Discurso en el reconocimiento de M. Alberta como Hija ilustre de Pollensa).

Pidamos al Señor, por intercesión de la Madre, que nos aumente el amor, que nos ayude a amar de verdad, en lo grande y en lo pequeño.



El himno del centenario, dice: «Madre Alberta, no me olvides». El amor no olvida nunca a los que ama. Ella seguro que no nos olvida, no la olvidemos tampoco nosotros. Mirándola a ella, podremos aprender de su **vida de fe, de esperanza y de caridad**, pues mantiene con nosotros lazos de

amor y comunión que permanecen para siempre (cf. *Gaudete et exultate*, n. 4).

Os animo a leer más sobre su vida y a leer también sus escritos. Son escritos sencillos, sin grandes pretensiones teológicas, que hay que leer en su contexto, y que, sin embargo, revelan mucho de su espiritualidad y de su personalidad y nos acercan más a Jesús y a la Virgen.

Os invito también a pedir su intercesión, a rezar con confianza su novena pidiendo que interceda por nuestras necesidades, y si os concede alguna gracia, no os olvidéis de escribir a la Casa Madre.

Y si tenéis la oportunidad de visitar este año la Casa Madre, especialmente los que no habéis ido nunca, este centenario es una buenísima ocasión para hacerlo y orar ante el sepulcro de Madre Alberta. A partir de finales de enero, podréis hacerlo online en cualquier momento, pues tendremos una cámara transmitiendo 24/7 en el canal de YouTube de la Congregación, esto nos ayudará a sentirla más cerca.

Por último, quiero agradecer todos los esfuerzos que se están haciendo para difundir la vida de la Madre y celebrar juntos este centenario.

Que ella interceda por todos y nos cuide desde el cielo.

¡Feliz centenario a todos! Un abrazo,

H. Elisa Anglés Farrell
Superiora general